LIBRO dot.com

La fuerza de los fuertes



Jack London

Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Las parábolas no mienten, pero los mentirosos
se empeñan en hablar en parábolas.
LIP-KING

El viejo Barba-Larga hizo una pausa en su narración, se lamió los grasientos dedos y se los enjugó en sus desnudos costados, por encima del andrajo de piel de oso que le cubría. Agachados en torno a él estaban tres jóvenes, sus nietos: Corre-Ciervos, Cabeza-Rubia y Miedoso-de-la-Noche. Su aspecto era muy similar. Se cubrían parcialmente. con pieles de animales salvajes. Eran de constitución enjuta y menuda, de caderas estrechas y piernas arqueadas, pero al mismo tiempo tenían pecho ancho, brazos largos y fuertes, y manos enormes. Un espeso vello les cubría el tórax y los hombros, así como la parte externa de brazos y piernas. Sus cabellos eran marañas de sucias greñas, con largos mechones que a menudo se interponían ante sus pequeños ojos, negros y brillantes como los de un pájaro. Tenían los ojos muy juntos y los pómulos anchos, mientras que sus mandíbulas inferiores era grandes y sobresalientes.

Era una clara noche estrellada. Por debajo de ellos, perdiéndose en la distancia, se alineaban sierras cubiertas de bosque. En la lejanía, el resplandor de un volcán teñía de rojo el cielo. A sus espaldas se abría la negra boca de una caverna, de la cual surgían de cuando en cuando frías corrientes de aire. Ante ellos ardía una gran hoguera. A su lado se encontraba el cuerpo de un oso parcialmente devorado y, a cierta distancia en torno a éste, unos cuantos perros grandes, lanudos y de aspecto alobunado. Por tierra, junto a cada hombre, se encontraba un arco con flechas y un gran garrote. A la entrada de la cueva, varias lanzas primitivas se hallaban apoyadas contra la roca.

-Y así fue como nos trasladamos de la caverna al árbol -concluyó Barba-Larga.

Se rieron ruidosamente, como niños grandes, recordando la historia que les acababa de contar. Barba-Larga se rió también mientras saltaba y bailaba el largo huesecillo que le atravesaba el cartílago de la nariz, dándole un aspecto aún más feroz. No eran exactamente éstas sus palabras, pero eso es lo que venían a decir los sonidos animales que su boca emitía.

-Y esto es lo primero que recuerdo del Valle del Mar -continuó Barba-Larga-. Eramos una gente muy necia. No conocíamos el secreto de la fuerza.

Porque, ¡fijaos!, cada familia vivía por su cuenta y sólo se preocupaba de sí misma. Eramos treinta familias, pero no nos fortalecíamos unas con otras. Vivíamos en un mutuo

temor continuo. Nadie hacía visitas. En la copa de un árbol hacíamos un chozo de maleza y ramas, y en la plataforma de fuera teníamos un montón de piedras destinadas a las cabezas de quienes se les ocurriera visitarnos. Además, teníamos nuestras lanzas y flechas. Nunca pasábamos por debajo de los árboles de las otras familias tampoco. Mi hermano pasó una vez bajo el árbol de Buuú y le rompieron la cabeza; y así fue como terminó.

»El viejo Buuú era muy fuerte. Se decía que podía arrancarle a uno la cabeza de un tirón, aunque yo nunca oí que lo hiciera, porque nadie le daga ocasión. Y mi padre tampoco. Un día en que mi padre había bajado a la playa, Buuú comenzó a perseguir a mi madre. Ella no podía correr mucho porque la víspera había recibido el zarpazo de un oso mientras recogía bayas en la montaña. Entonces Buuú se apoderó de ella y se la llevó a su árbol. Mi padre nunca pudo recuperarla. Tenía miedo porque el viejo Buuú le hacía gestos amenazadores.

»Pero a mi padre no le importó. Brazo-Fuerte era otro hombre fuerte y uno de los mejores pescadores. Pero un día, buscando huevos de gaviota, se cayó del acantilado. Después de aquello, nunca recuperó su fuerza. Tosía mucho y se le encogieron los hombros. Entonces mi padre se apoderó de su mujer, y cuando vino a reclamarla, tosiendo. bajo nuestro árbol, mi padre se reía de él y le arrojaba piedras. Era nuestra manera de ser en aquellos días. No sabíamos cómo apoyarnos mutuamente y hacernos fuertes.

-¿Y un hermano hubiera sido capaz de robar la mujer a otro hermano? -preguntó Corre-Ciervos.

-Si se había ido a vivir solo a otro árbol, sí.

-Pues nosotros no hacemos esas cosas ahora -objetó Miedoso-de-la-Noche.

-Porque yo he, educado mejor a vuestros padres -respondió Barba-Larga, sacando con su peluda garra un puñado de sebo de las entrañas del oso y chupándolo con aire meditabundo. De nuevo enjugó las manos en sus desnudos costados, y prosiguió:

-Lo que os cuento ocurrió hace mucho tiempo, antes de que aprendiéramos la lección.

-Debíais ser muy necios para no haberos dado cuenta -comentó Corre-Ciervos, mientras Cabeza-Rubia daba un gruñido de aprobación.

-Sí que lo éramos; pero nuestra necedad llegó a ser aún mayor, como ahora veréis. No obstante, algo llegamos a aprender, y fue de esta manera. Los comepeces no habíamos aprendido a aunar nuestra fuerza hasta convertirla en la fuerza de todos juntos. Pero los comecarne, que vivían al otro lado de la divisoria que separa el Gran Valle, se mantenían unidos: unidos cazaban, pescaban y luchaban. Un día entraron en nuestro valle. Cada una de

nuestras familias se refugió en su cueva o en su árbol. Los comecarne sólo eran diez, pero luchaban juntos mientras que nosotros luchábamos cada familia por su cuenta.

Barba-Larga fue contando lenta y penosamente con los dedos.

-Nosotros éramos sesenta hombres -consiguió al fin expresar por medio de labios y dedos-. Y teníamos mucha fuerza; sólo que no lo sabíamos. Vimos cómo los diez hombres atacaban el árbol de Buuú. El se defendió valientemente; pero estaba perdido. Los demás seguíamos mirando. Cuando unos comecarne intentaron subir al árbol, Buuú tuvo que salir al descubierto para arrojarles piedras sobre las cabezas. Con lo cual, los otros, que estaban esperando precisamente esto, le acribillaron a flechazos. Y así terminó Buuú.

»A continuación, los comecarne liquidaron al Tuerto y a su familia, que se habían refugiado en su cueva. Hicieron una hoguera a la entrada de ésta y la llenaron de humo hasta hacerlos salir, como hicimos nosotros hoy con el oso. Luego fueron a buscar a Seis-Dedos a su árbol, y mientras le daban muerte a él y a su hijo mayor, los demás huimos de allí. Capturaron a algunas de nuestras mujeres, y mataron a dos viejos que no podían correr de prisa y a varios niños. A las mujeres se las llevaron consigo, al Gran Valle.

»Después de aquello, los demás volvimos cautelosamente, y, tal vez porque estábamos atemorizados y sentíamos necesidad de compañía, el caso es que nos pusimos a hablar de lo ocurrido. Era nuestra primera reunión; nuestro primer consejo de verdad. Y en aquel consejo, por primera vez, formamos una tribu. Porque habíamos aprendido la lección. De los diez comecarne, cada uno había tenido la fuerza de los diez, porque luchaban como un solo hombre. Ellos habían sumado su fuerza. Nosotros, en cambio, de las treinta familias y sesenta hombres que éramos, habíamos tenido solamente la fuerza de un hombre, porque cada uno había luchado de por sí.

»Fue una gran charla la que mantuvimos, y también difícil, porque entonces no teníamos las palabras de ahora para hablar. El Pulga hizo algunas palabras mucho tiempo después, y también los demás inventábamos palabras de cuando en cuando. Pero al foral acordamos aunar nuestras fuerzas y luchar como un solo hombre la próxima vez que los comecarne vinieran a robar nuestras mujeres. Y así se formó la tribu.

»Pusimos a dos hombres en la divisoria, uno por el día y otro por la noche, para advertir la llegada de los comecarne. Ellos eran los ojos de la tribu. Luego, tanto de día como de noche, tenía que haber también diez hombres despiertos, con sus garrotes y sus lanzas y flechas a mano, dispuestos para la lucha. Antes, cuando alguien iba en busca de peces, almejas o huevos de gaviota, llevaba consigo sus armas, y la mitad del tiempo se lo pasaba buscando

comida y la otra mitad vigilando no fuera que otro le cazase a él. Ahora todo esto cambió. Los hombres salían sin sus armas y se dedicaban por completo a conseguir alimentos. Del mismo modo, cuando las mujeres subían a las montañas a buscar raíces y bayas, cinco de los diez hombres iban con ellas para protegerlas. Entretanto, noche y día, los ojos de la tribu vigilaban desde lo alto de la línea divisoria.

»Pero vinieron los problemas. Fue en relación con las mujeres, como de costumbre. Los hombres que no tenían mujeres querían las mujeres de otros y había muchas peleas entre ellos. Y, de cuando en cuando, a alguno le destrozaban la cabeza o le atravesaban de un lanzazo. Mientras uno de los vigilantes estaba arriba en su puesto, un hombre le robó su mujer y él bajó a defender lo suyo. El otro vigilante entonces temió que alguien se apoderase de su mujer y también abandonó su puesto. Por otro lado, hubo disputas entre los diez que llevaban siempre las armas, los cuales se enzarzaron en una pelea, cinco contra cinco, hasta que unos huyeron hacia el río y los otros salieron en su persecución.

»Así fue como la tribu se quedó sin ojos y sin guardianes. No sólo no teníamos ya la fuerza de sesenta, sino que la habíamos perdido toda. Entonces celebramos un consejo e hicimos nuestras primeras leyes. Yo no era más que un rapazuelo, pero me acuerdo todavía. Dijimos que, para ser fuertes, no tenía que haber enfrentamientos entre nosotros. Así que hicimos una ley por la cual cuando un hombre matase a otro, la tribu le mataría a él. Hicimos otra ley según la cual al que robase la mujer a otro la tribu le daría muerte. Dijimos que al hombre que tuviera muchísima fuerza y la utilizara para hacer daño a sus hermanos de tribu le mataríamos para que su fuerza no volviese a perjudicar a nadie. Porque si permitíamos que su fuerza dañara a sus hermanos, éstos tendrían miedo y la tribu se desharía y entonces seríamos tan débiles como cuando los comecarne nos atacaron la primera vez y mataron a Buuú.

»El Tabas era un hombre fuerte, muy fuerte; pero ignoraba la ley. Sólo conocía su propia fuerza y, valiéndose de ella, decidió apoderarse de la mujer de Tres-Almejas. Tres-Almejas intentó defenderla, pero el Tabas le saltó los sesos de un garrotazo. Sin embargo, el Tabas había olvidado que todos los hombres habíamos aunado nuestra fuerza para guardar la ley entre nosotros. Entonces le dimos muerte al pie de su árbol y colgamos su cadáver de una rama como advertencia de que la ley era más fuerte que cualquier hombre. Porque nosotros todos éramos la ley, y nadie era superior a la ley.

»Luego vinieron otros problemas, porque sabed, ¡oh, Corre-Ciervos, Cabeza-Rubia y Miedoso-de-la-Noche!, que no es fácil formar una tribu. Había tantas menudencias que

discutir, que era un gran problema tener que andar continuamente reuniéndonos. Celebrábamos consejos mañana, tarde y noche, y hasta en medio de la noche. Apenas nos quedaba tiempo para salir a buscar comida, a causa de los consejos; porque siempre nos faltaba alguna pequeñez que resolver, como nombrar a dos nuevos vigilantes para sustituir a los anteriores en la montaña, o decidir cuánta comida les correspondía a los hombres que se dedicaban a las armas y no buscaban alimentos.

»Necesitábamos un jefe que se ocupara de estas cosas; alguien que fuera la voz del consejo; y que respondiera ante éste de lo que hiciese. Entonces nombramos jefe a Fufú. Era un hombre fuerte y también muy astuto, y cuando se ponía furioso hacía fufú como un gato salvaje.

»A los diez hombres que guardaban-la tribu los mandamos construir una muralla de piedras en la parte estrecha del valle. Las mujeres y los niños mayores ayudaban, así como otros hombres, hasta que tuvimos un fuerte muro. Cuando se terminó, todas las familias abandonaron sus árboles y cuevas y construyeron chozas al abrigo de la muralla. Eran éstas casas grandes y mucho mejores que las cuevas y los árboles. Así, por haber aunado los hombres su fuerza y habernos convertido en una tribu, todo el mundo vivía mejor. Gracias a la muralla, a los guardianes y a los vigilantes había más tiempo para cazar y pescar y para recoger raíces y bayas; había más comida y mejor que antes y nadie pasaba hambre. Incluso Tres-Patas (le llamábamos así porque le habían aplastado las piernas cuando era un muchacho y tenía que caminar con un bastón), Tres-Patas consiguió la semilla del grano silvestre y la plantó en terrenos del valle, cerca de su casa. Y hasta intentó plantar jugosas raíces y otros vegetales que encontraba por los valles altos.

»Debido a la seguridad del Valle del Mar, conseguida gracias a la muralla y a los vigilantes y guardianes, y a la abundancia de comida obtenida pacíficamente, muchas familias vinieron de los valles costeros y de las altas montañas del interior, donde vivían más como animales salvajes que como hombres. Y no pasó mucho tiempo sin que el Valle del Mar se llenase de innumerables familias. Pero antes de que esto ocurriera, la tierra, que había estado abierta y era de todos, fue dividida y cercada. El primero que lo hizo fue Tres-Patas cuando plantó el grano. Pero la mayoría no teníamos interés en la tierra, y pensábamos que señalar linderos con tapias de piedra era una tontería. Si teníamos suficiente para comer, ¿qué más queríamos? Recuerdo que mi padre y yo construimos tapias para Tres-Patas y él nos dio grano a cambio.

»De este modo, sólo unos pocos se quedaron con toda la tierra y Tres-Patas con la mayor parte de ella. Además, otros que habían cogido tierra se la terminaron dando a los. pocos que continuaban con ella, recibiendo a cambio grano, raíces y pieles de. oso, así como pescado que los pescadores cambiaban a los agricultores por grano. Y cuando quisimos darnos cuenta toda la tierra había desaparecido.

»Por aquella época murió Fufú y nombramos jefe a su hijo Diente-de-Perro. De todos modos, él pidió que le hiciéramos jefe, ya que su padre había sido jefe antes. Incluso se consideraba un jefe más grande que su padre. Fue un buen jefe al principio, y trabajaba mucho. Tanto, que el consejo tenía cada vez menos que hacer. Entonces se alzó una nueva voz en el Valle del Mar. Era Labio-Torcido, al que nunca habíamos tenido mucho. en cuenta hasta que empezó a hablar con los espíritus de los muertos. Más tarde le llamamos Bola-de-Sebo, porque, de comer tanto sin trabajar, se puso gordo y redondo como una bola. Un día nos contó que poseía los secretos de los muertos y que era la voz de Dios. Se hizo muy amigo de Diente-de-Perro, y éste nos mandó que construyésemos una choza para Bola-de-Sebo. Bola-de-Sebo la rodeó entonces de tabúes y guardó a Dios dentro.

»Día a día Diente-de-Perro se hacía más poderoso que el consejo; pero cuando éste se quejó y quiso nombrar a un nuevo jefe, Bola-de-Sebo habló con la voz de Dios y dijo que no. Tres-Patas y los otros que poseían la tierra apoyaron también a Diente-de-Perro. Es más, a León-de-Mar, que era el hombre más fuerte del consejo, los terratenientes le dieron tierras en secreto, además de muchas pieles de oso y cestas de grano. Así pues, León-de-Mar dijo que la voz de Bola-de-Sebo era verdaderamente la voz de Dios y que había que obedecerla. Poco después León-de-Mar fue nombrado la voz de Diente-de-Perro y hablaba casi siempre en su lugar.

»Luego estaba Barriga-Chica, un hombre pequeño y tan flaco de vientre, que parecía que nunca habla tenido para comer. Cerca de la desembocadura del río, donde la arena frena la fuerza de las olas, construyó una gran trampa para pescar. Nadie había visto antes una trampa así, ni a nadie se le había ocurrido nunca. Durante varias semanas trabajó en ella con su hijo y su mujer, mientras los demás nos burlábamos de sus esfuerzos. Pero cuando estuvo terminada, el primer día pescó con ella más peces que toda la tribu en una semana, lo cual provocó una gran alegría. Solamente había otro lugar en el río apropiado para una trampa, pero cuando mi padre y yo y doce hombres más comenzamos a construir una muy grande, los guardianes salieron de la gran choza que le habíamos hecho a Diente-de-Perro y, acercándose a nosotros, nos pincharon con sus lanzas y nos dijeron que nos marcháramos, porque . el

propio Barriga-Chica iba a construir allí otra trampa por orden de León-de-Mar, que era la voz de Diente-de-Perro.

»Hubo muchas quejas, y mi padre convocó un consejo. Pero cuando se levantó para hablar, León-de-Mar le atravesó la garganta de un lanzazo y murió. Y tanto Diente-de-Perro como Barriga-Chica, así como Tres-Patas y todos los que poseían tierras, dijeron que había hecho bien. y Bola-de-Sebo añadió que era la voluntad de Dios. Desde entonces, todos tenían miedo de levantarse para hablar en el consejo, y ése fue su final.

»Otro hombre, Quijada-de-Cerdo, comenzó a criar cabras. Era algo que había aprendido de los comecarne, y al poco tiempo tenia muchos rebaños. Otros hombres, que no poseían tierra ni trampas de pesca, y que de otro modo hubieran pasado hambre, se mostraron dispuestos a trabajar para Quijada-de-Cerdo, cuidando sus cabras, protegiéndolas de los perros y fieras salvajes y conduciéndolas a los pastos de las montañas. A cambio, Quijada-de-Cerdo les daba carne de cabra para comer y pieles para vestirse, y ellos, a veces, cambiaban la carne por pescado, grano y raíces.

»Por aquella época surgió el dinero. León-de-Mar fue el primero a quien se le ocurrió, y lo consultó con Diente-de-Perro y Bola-de-Sebo. Habéis de saber que estos tres recibían una participación de todo lo que había en el Valle del Mar. Un cesto de grano de cada tres era suyo, así como un pez de cada tres y una cabra de cada tres. A cambio, ellos daban de comer a los guardianes y vigilantes, guardando el resto para ellos solos. A veces, cuando la pesca era abundante, no sabían ni qué hacer con lo que les tocaba. Entonces, León-de-Mar puso a las mujeres a hacer dinero con conchas: pequeñas piezas redondas, con un agujero en el medio y superficies pulidas. Luego las ensartaban en cordeles y las ristras se llamaban dinero.

»Cada ristra tenía el valor de treinta o cuarenta peces; pero las mujeres, que hacían un cordel por día, recibían dos peces cada una. El pescado provenía de las raciones que Dientes-de-Perro, Bola-de-Sebo y León-de-Mar no se llegaban a comer. De este modo, todo el dinero les pertenecía a ellos. Luego dijeron a Tres-Patas y a los demás terratenientes que querían su porcentaje de grano y raíces en dinero; y lo mismo le dijeron a Barriga-Chica respecto a la parte de pescado y a Quijada-de-Cerdo respecto a las cabras y queso que les correspondía. Así, un hombre que no tenía nada trabajaba para otro que tenía, y se le pagaba en dinero. Con este dinero compraba grano, pescado, carne y queso. Y Tres-Patas y todos los propietarios de cosas pagaban a Diente-de-Perro, a León-de-Mar y a Bola-de-Sebo su parte en dinero. Y ellos pagaban a los guardianes y .vigilantes en dinero, y los guardianes y vigilantes compraban su comida con el dinero. Y como el dinero era barato, Diente-de-Perro hizo a más hombres

guardianes. Y como el dinero era barato de hacer, algunos comenzaron a hacer dinero ellos mismos con conchas. Pero los guardianes los mataron con sus lanzas y flechas, porque estaban tratando de romper la tribu. Y romper la tribu era malo, porque entonces vendrían los comecarne y los matarían a todos.

»Bola-de-Sebo era la voz de Dios, pero tomó a . Costilla-Rota y le hizo sacerdote, de manera que éste se convirtió en la voz de Bola-de-Sebo y podía hablar en su lugar. Y ambos tenían otros hombres para servirles. Lo mismo hicieron Barriga-Chica, Tres-Patas y Quijada-de-Cerdo, los cuales tenían criados que holgazaneaban alrededor de sus chozas, haciéndoles recados y dando órdenes. Y cada vez era mayor el número de hombres retirados del trabajo, de, manera que los que quedábamos teníamos que trabajar más que nunca. Parecía que los hombres no querían trabajar y que se afanaban en buscar nuevos medios por los cuales otros trabajasen en su lugar. Ojos-Torcidos descubrió uno de estos medios. Fue él quien elaboró el primer brebaje de- fuego a partir del grano. Y desde entonces dejó de trabajar, porque entró en tratos secretos con Diente-de-Perro, Bola-de-Sebo y los otros amos, y acordaron que sólo él podría hacer el brebaje de fuego. Pero el trabajo no lo hacía Ojos-Torcidos. Eran otros los que hacían la. bebida en su lugar, y él les pagaba con dinero. Luego la vendía, y todos los hombres la compraban. Con lo cual entregó muchas ristras de dinero a Diente-de-Perro y a los demás.

»Bola-de-Sebo y Costilla-Rota apoyaron a Diente-de-Perro cuando éste tomó a su segunda mujer y luego a la tercera. Dijeron que Diente-de-Perro era diferente a los demás y que sólo estaba por debajo de Dios, que Bola-de-Sebo guardaba en su casa sagrada; y lo mismo dijo Diente-de-Perro, preguntando quiénes eran ellos para andar refunfuñando sobre el número de sus mujeres. Diente-de-Perro se hizo construir una gran canoa y retiró de su trabajo a muchos más hombres, los cuales no hacían otra cosa que estar tumbados al sol, salvo cuando tenían que hacer de remeros en los paseos del jefe. Asimismo, a la cabeza de todos los guardianes puso a Cara-de-Tigre, quien se convirtió en su brazo derecho, de modo que cuando no le gustaba alguien, Cara-de-Tigre se encargaba de darle muerte. Y Cara-de-Tigre, además, se buscó a otro hombre de confianza a quien dar órdenes y para que matara en su lugar.

»Pero lo más extraño de todo ello era que, a medida que pasaba el tiempo, los que quedábamos trabajábamos cada vez más y teníamos cada vez menos que comer.

-¿Y qué pasaba con las cabras, el grano, las raíces y el pescado? preguntó Miedoso-de-la-Noche-. ¿Qué pasaba con todo esto? ¿No se conseguía más comida con el trabajo de un hombre?

-Es verdad -asintió Barba-Larga—. Sólo con que tres hombres atendieran a la trampa de pescado pescaban más peces que toda la tribu antes de que existiera la trampa. ¿Pero no he dicho que éramos unos necios? Cuantos más alimentos producíamos, menos teníamos que comer.

-¿Y no estaba claro entonces que el gran número de los que no trabajaban se lo comían todo? preguntó Cabeza-Rubia.

Barba-Larga asintió con un triste movimiento de cabeza.

-Los perros de Diente-de-Perro se atiborraban de carne, y los hombres que holgazaneaban al sol sin trabajar estaban cada día más gordos, y mientras tanto había niños que se dormían llorando por el hambre que les roía las entrañas.

Corre-Ciervos, aguzado su apetito por la anécdota del hambre, desgarró un pedazo de carne de oso y lo puso sobre las brasas atravesado en un palo. Luego lo devoró chascando los labios mientras Barba-Larga continuaba:

-Cuando nos quejábamos, Bola-de-Sebo se levantaba y, hablando con la voz de Dios, decía que Éste había elegido a los hombres prudentes para que poseyeran la tierra; las cabras, la trampa de pescar y el brebaje de fuego, y que sin estos hombres prudentes seríamos todos animales como en los tiempos en que vivíamos en los árboles.

»Y apareció uno que hacía canciones en honor al «rey». Le llamaban el Pulga porque era pequeño y contrahecho, y superaba a cualquiera en holgazanería. Le gustaban los mejores huesos de caña, el pescado más selecto, la leche tibia directa de las cabras, el cereal más temprano y el lugar mejor resguardado junto al fuego. Y así, al convertirse en cantor del «rey», descubrió la manera de engordar sin hacer nada. Y como la gente se quejaba cada vez más y algunos llegaron a arrojar piedras contra la choza del «rey», el Pulga hizo un cantar sobre lo bueno que era ser un comepeces. En su cantar decía que los comepeces eran los elegidos de Dios y los seres más perfectos que Dios había hecho, y que los comecarne eran igual que cerdos y cuervos. Y cantaba acerca de lo hermoso y bueno que era que los comepeces lucharan y murieran cumpliendo la voluntad de Dios, que consistía en matar a los comecarne. La letra de su cantar era como un fuego en nuestras entrañas que hacía pedir a voces que nos llevaran a pelear contra los comecarne. Así olvidábamos nuestra hambre y los motivos de nuestras quejas, y fue una gran alegría para nosotros cuando Cara-de-Tigre nos condujo al otro lado de la divisoria y matamos a muchos comecarne.

»Pero las cosas no mejoraron en el Valle del Mar. El único modo de conseguir comida era trabajando para Tres-Patas, Barriga-Chica o Quijada-de-Cerdo, pues no quedaba ya más

tierra en la que poder plantar grano. Y a menudo, como había más trabajadores de los que Tres-Patas y los otros necesitaban, estos hombres pasaban hambre, y también sus mujeres e hijos y sus ancianas madres. Cara-de-Tigre les decía que podían enrolarse en la guardia, y muchos de ellos lo hicieron. Y desde entonces ya no trabajaban más, salvo para pinchar con sus lanzas a los que trabajaban de verdad y se quejaban de tener que alimentar a tantos holgazanes.

»Y cada vez que nos quejábamos, el Pulga inventaba nuevos cantares. Decía que Tres-Patas, Quijada-de-Cerdo y los demás eran hombres fuertes y que por eso tenían tanto; que deberíamos estar contentos por tener con nosotros hombres fuertes, pues de otra manera seríamos víctimas de nuestra propia inutilidad y de los comecarne. Por tanto, deberíamos aceptar de buen grado el que estos hombres fuertes se quedasen con cuanto pudieran. Y Bola-de-Sebo, Quijada-de-Cerdo y todos los demás dijeron que era verdad.

»-De acuerdo -dijo Colmillo-Largo-. Entonces yo también seré un hombre fuerte.

»Y consiguió grano y comenzó a hacer agua de fuego y lo vendía por ristras de dinero. Y cuando Ojos-Torcidos se quejó, Colmillo-Largo respondió que también él era un hombre fuerte y que si Ojos-Torcidos seguía dando voces le iba a romper los sesos. Con lo cual, Ojos-Torcidos tuvo miedo y fue a hablar con Tres-Patas y Quijada-de-Cerdo. Y los tres juntos fueron a consultar con Diente-de-Perro. Y éste habló con León-de-Mar, el cual mandó un mensajero a Cara-de-Tigre. Entonces Cara-de-Tigre envió a sus guardianes, quienes quemaron la casa de Colmillo-Largo junto con el agua de fuego que había hecho. Además le dieron muerte a él y a toda su familia. Y Bola-de-Sebo dijo que bien hecho, y el Pulga compuso otra canción sobre lo bueno que era observar la ley y lo hermosa que era la tierra del Valle del Mar y cómo todos los que amasen el Valle del Mar debían ir a matar á los malvados comecarne. Y una vez más su cantar era como fuego en nuestras entrañas y nos olvidamos de nuestros agravios.

»Era muy extraño. Cuando Barriga-Chica pescaba demasiados peces y tenía que dar muchos peces a cambio de poco dinero, volvía a arrojar al mar muchos de ellos, de manera que le pagasen más por los que quedaban. Y Tres-Patas dejaba a menudo muchos grandes terrenos sin cultivar para conseguir más dinero por su grano. Y como las mujeres hacían tanto dinero de conchas que se necesitaban muchas ristras para comprar algo, Diente-de-Perro decidió cesar su fabricación. Y al quedarse las mujeres sin trabajo, empezaron a ocupar los puestos de los hombres. Así, yo que trabajaba en la trampa de pescar, ganaba una ristra de dinero cada cinco días. Pero cuando mi hermana pasó a ocupar mi puesto, sólo le daban una

ristra cada diez días. Y como las mujeres trabajaban más barato y había menos comida, Cara-de-Tigre nos dijo que nos hiciéramos guardianes. Pero yo no podía hacerlo, porque cojeaba de una pierna y Cara-de-Tigre no me quería. Y había muchos como yo, hombres deshechos, útiles tan sólo para mendigar trabajo o cuidar de los niños pequeños mientras las mujeres trabajaban.

Cabeza-Rubia, a quien se le había abierto también el apetito con la narración, comenzó a asar un pedazo de carne sobre las brasas.

-¿Pero cómo no os dio por rebelaros y matar a

Tres-Patas, Quijada-de-Cerdo, Bola-de-Sebo y a los demás para conseguir qué comer? -preguntó Miedoso-de-la-Noche.

-Porque no comprendíamos -respondió Barba-Larga-. Teníamos demasiado en que pensar y, además, estaba la amenaza de la guardia con sus lanzas y los sermones de Bola-de-Sebo sobre Dios, y las canciones que inventaba el Pulga. Y cuando a uno se le ocurría algo justo y lo decía, Cara-de-Tigre y sus guardianes lo cogían y lo ataban a las rocas con la marea baja para que se ahogase cuando subieran las aguas.

»Era una cosa extraña... el dinero. Era como los cantares del Pulga. Parecía bueno, sin serlo; pero fue algo que tardamos en comprender. Diente-de-Perro comenzó a reunir el dinero, lo amontonó dentro de una choza y puso guardias para vigilarlo día y noche. Y cuanto más dinero guardaba en la choza, más caro se hacía éste y tanto más teníamos que trabajar por una ristra. Además, siempre corrían entonces rumores de una guerra con los comecarne, y lo mismo Diente-de-Perro que Cara-de-Tigre se dedicaban a llenar muchas casas de grano, pescado seco, carne de cabra ahumada y queso. Y con todas estas montañas de comida guardada, la gente no tenía suficiente para comer. ¿Pero qué más daba? Cada vez que la gente se quejaba y protestaba, el Pulga inventaba una canción y Bola-de-Sebo decía que era la voluntad de Dios que diésemos muerte a los comecarne; y Cara-de-Tigre nos condujo más allá de la divisoria para matar y ser muertos. Yo no valía lo suficiente para pertenecer a la guardia, pero cuando se trataba de la guerra, Cara-de-Tigre se alegraba de contar conmigo. Y cuando nos habíamos comido todas las provisiones almacenadas en las casas, dejábamos de luchar y regresábamos al trabajo para amontonar más comida.

-Entonces debíais estar todos locos --comentó Corre-Ciervos.

-Entonces estábamos todos locos, verdaderamente —asintió Barba-Larga-. Era extraño todo aquello. Estaba Nariz-Partida, que decía que todo era injusto; que era cierto que cuando formamos por primera vez la tribu fue una cosa justa privar de su fuerza a aquellos que se

servían de ella para perjudicar a la tribu partiendo la cabeza a sus hermanos o robando a sus mujeres. Y ahora, añadía, la tribu no se estaba haciendo más fuerte, sino más débil, porque había hombres con otra clase de fuerza que estaban dañando a la tribu..., hombres que poseían la fuerza de la tierra, como Tres-Patas, o que tenían la fuerza de la trampa de pescar, como Barriga-Chica, o la de la carne de cabra, como Quijada-de-Cerdo. Lo que había que hacer, decía Nariz-Partida, era despojar a estos hombres de su fuerza dañina y obligarles a trabajar a todos, y no permitir comer a nadie que no trabajase.

»Y el Pulga compuso otro cantar sobre los hombres como Nariz-Partida, que querían volver a vivir en los árboles.

»Pero Nariz-Partida respondió que no, que él no quería volver atrás, sino ir hacia delante; que ellos se habían hecho fuertes cuando aunaron su fuerza, y que si los comepeces sumaran su fuerza a la de los comecarne, se acabarían las luchas y no habría necesidad de vigilantes ni guardianes, y que, trabajando todos, habría tanta comida que cada hombre no tendría que trabajar más de dos horas diarias.

»Entonces el Pulga volvió a cantar, diciendo que Nariz-Partida era un holgazán; y cantó además la *Canción de las abejas*. Era ésta un extraña canción y los que la oían se volvían locos, como si hubieran bebido agua de fuego fuerte. Hablaba de un enjambre de abejas y de una avispa ladrona que se había metido a vivir con ellas y les robaba la miel. La avispa era una holgazana y les decía que no había necesidad de trabajar y que.se hicieran amigos de los osos, pues éstos no eran ladrones de miel, sino unos amigos estupendos. Así cantaba el Pulga, con palabras retorcidas, de modo que los que le oían comprendían que el enjambre de abejas era la tribu del Valle del Mar, los osos los comecarne y la avispa holgazana Nariz-Partida. Y cuando la canción decía que las abejas escucharon a la avispa hasta que el enjambre estuvo a punto de perecer, la gente empezó a gruñir amenazadoramente; y cuando dijo que las buenas abejas al fin se levantaron y dieron muerte a la avispa a picotazos, la gente tomó piedras del suelo y lapidaron a Nariz-Partida hasta hacerle desaparecer bajo el montón de piedras que le arrojaron. E incluso mucha gente pobre le tiró piedras, gente que tenía que trabajar muchas horas y muy duro y que apenas tenía que comer.

»Y tras la muerte de Nariz-Partida. únicamente otro hombre se atrevió a levantarse y a decir lo que pensaba; y ese hombre fue Cara-Peluda.

»-¿Dónde está la fuerza de los fuertes? -preguntaba-: Nosotros somos los fuertes y todos unidos somos más fuertes que Diente-de-Perro, Cara-de-Tigre, Tres-Patas, Quijada-de-Cerdo y todos los demás, que no hacen nada sino comer y debilitarnos con el daño de su fuerza

inicua. Los hombres que viven en la esclavitud no son fuertes. Si el primer hombre que descubrió el valor y la utilidad del fuego hubiese utilizado su fuerza, hubiéramos sido todos sus esclavos, del mismo modo que lo somos hoy de Barriga-Chica por descubrir la ventaja del uso de la trampa de pescar, y de los que descubrieron la utilización de la tierra, las cabras y el agua de fuego. Antes, hermanos, vivíamos en los árboles y nadie estaba seguro. Pero ya no luchamos entre nosotros. Hemos aunado nuestra fuerza. Entonces, dejemos de luchar ya contra los comecarne y unamos nuestra fuerza a la suya. Así seremos verdaderamente fuertes. Entonces podremos caminar juntos, los comepeces y los comecarne, y terminaremos con los tigres y los leones, con los lobos y los perros salvajes, y apacentaremos nuestras cabras en todas las laderas y plantaremos grano y raíces en los valles altos. Y ese día seremos tan fuertes que los animales salvajes huirán de nosotros o perecerán. Y nada podrá detenernos, porque la fuerza de cada hombre será la fuerza de todos los hombres del mundo.

»Así habló Cara-Peluda, y ellos le dieron muerte porque decían que era un salvaje y que quería volver a vivir en los árboles. Era algo sumamente extraño. Siempre que aparecía alguien que quería avanzar, todos los que permanecían inmóviles decían que lo que quería era ir hacia atrás, y que había que matarle. Y los pobres les ayudaban a lapidarle, porque eran necios. Todos éramos necios; excepto los que engordaban sin trabajar. A los necios se les llamaba prudentes, y los prudentes eran lapidados. Los que trabajaban no tenían suficiente para comer y los que no trabajaban comían demasiado.

»Y la tribu siguió perdiendo fuerza. Los niños eran débiles y enfermizos. Y por no comer suficiente nos sobrevinieron extrañas enfermedades y moríamos como moscas. Fue entonces cuando nos atacaron los comecarne. Muy a menudo habíamos seguido a Cara-de-Tigre al otro lado de la divisoria para darles muerte. Y ahora venían ellos a cobrárselo en sangre. Nosotros estábamos demasiado débiles y enfermos para defender la gran muralla. Y ellos nos exterminaron a todos, salvo a algunas mujeres que se llevaron con ellos. El Pulga y yo logramos escapar, y yo me escondí en los lugares más agrestes y me convertí en un cazador de carne y ya nunca volví a pasar hambre. Un día robé una mujer a los comecarne y me fui a vivir en las cavernas de las montañas altas donde no pudieran encontrarme. Y tuvimos tres hijos, y cada uno de ellos robó una esposa a los comecarne. Y el resto ya lo sabéis, pues ¿no sois vosotros los hijos de mis hijos?

-Pero ¿y el Pulga? preguntó Corre-Ciervos-. ¿Qué ocurrió con él?

-Se fue a vivir con los comecarne para hacer canciones en honor al rey. Hoy es ya un anciano, pero todavía sigue con sus viejas canciones; y cuando surge un hombre que desea avanzar, él canta que ese hombre lo que desea es retroceder para volver a los árboles.

Barba-Larga hundió su mano en las entrañas del oso y, sacando un puñado de sebo, comenzó a chuparlo con sus desdentadas encías.

-Algún día -dijo, limpiándose las manos en sus costados- todos los necios habrán muerto, y entonces, todos los que estén vivos caminarán hacia delante. Suya será la fuerza de los fuertes, y unirán su fuerza de modo que ni un solo hombre en el mundo luche contra otro. No habrá ni guardianes ni vigilantes en las murallas. Y todas las fieras salvajes serán exterminadas y, como decía Cara-Peluda, todas las laderas servirán para apacentar cabras, y todos los valles altos serán sembrados de grano y raíces. Y todos los hombres serán hermanos y nadie podrá holgazanear al sol y ser alimentado por sus compañeros. Y todo esto ocurrirá cuando hayan muerto los necios y no haya más cantores que canten la *Canción de las abejas*. Porque las abejas no son hombres.